



## < Capítulo 16 >

Le había dicho a Kinuan que no aprendería el método de combate Arkies. Ahora, me siento reacio a incumplir mi palabra.

Sin embargo, se trataba de una orden y una misión del comandante de la Guardia Imperial.

—Parece que has cambiado de opinión. Como fui yo quien te dijo que vinieras si alguna vez lo hacías, no te preguntaré más.

Kinuan concedió el permiso de buen grado.

—Gracias, instructor.

—Ya que estás aquí, salgamos un rato. ¿Tienes algo más que hacer?

—Me prepararé enseguida.

Kinuan y yo nos pusimos ropa de civil.

El lugar al que se dirigió Kinuan era el distrito bajo. Bajamos en el ascensor rápido y pasamos por el control de seguridad. El soldado del control verificó la identidad de Kinuan y la mía antes de saludarnos respetuosamente.

Al entrar en el distrito inferior, el paisaje cambió rápidamente. Había varios edificios antiguos que se habían mantenido en pie desde los primeros días de la colonización.



Las paredes con la pintura descascarillada estaban cubiertas de contaminantes y los niños se asomaban por las ventanas rotas.

Uuuuuu.

Cada vez que soplaba el viento cálido, el hormigón desgastado se desmoronaba y se esparcía como polvo.

Kinuan entró en una calle comercial en mal estado. El androide que se encontraba a la entrada de la calle, destinado a servir de guía, solo tenía la parte superior del cuerpo, como un busto.

«B-bienvenidos, h-hola, c-clientes...».

El androide extendió los brazos para saludarnos. Pero sus movimientos eran rígidos y su voz robótica, llena de estática, hacía difícil entender lo que decía.

Miré a mi alrededor. Para ser un barrio de clase baja, había bastante gente bien vestida. Era una zona comercial frecuentada por la clase media que se las arreglaba para ganarse la vida dignamente. Como prueba de la presencia del orden público, unos drones de seguridad patrullaban la calle principal.

Cualquiera que cometiera un delito aquí acabaría acribillado por las balas de los drones de seguridad.

Thunk.

Kinuan se detuvo frente a una tienda. Detrás del escaparate se exhibían juguetes baratos y consolas de juegos holográficos. Incluso había un modelo





de mala calidad que se suponía que se parecía a la armadura mecánica de cuerpo completo de la Legión.

«¿Los niños todavía quieren cosas como estas?»,

me preguntó Kinuan.

«Yo también solía quedarme aquí parado, totalmente absorto, cuando era niño».

«Aún eres joven».

Desde la perspectiva de Kinuan, era cierto que aún era joven. Abrí la puerta de la tienda y esperé a que él entrara primero.

—Tendero.

Al oír la voz de Kinuan, el tendero abrió los ojos. Aunque había llegado un cliente, apoyó la barbilla con indiferencia y señaló hacia la vitrina.

«Si buscas algo, rebusca ahí dentro. No me preguntes, no lo sé».

Qué actitud tan grosera. Lo miré de arriba abajo. Tenía un aire de total falta de entusiasmo que me daba ganas de darle una patada.

«De aquí a allá, dame todo. Puedes entregarlo, ¿verdad?».

Kinuan señaló de un extremo al otro de la vitrina. El tendero ladeó la cabeza, confundido al principio, y luego abrió mucho los ojos.



—¿Todo? Oye, ¿esto es alguna broma...?

Le mostré al tendero la tarjeta de crédito que me había dado Kinuan.

—Solo contesta. Te he preguntado si puedes hacer entregas a domicilio.

Fruncí el ceño mientras hablaba, dispuesto a romperle un dedo si volvía a decir tonterías.

—Por supuesto. Sí, podemos. Solo tiene que darnos la dirección, por favor.

Por fin, el tendero recobró el sentido común y se apresuró a actuar.

En esta zona, era raro que alguien comprara artículos sin regatear. Si el cerebro del tendero funcionara correctamente, se habría dado cuenta de que nuestra situación distaba mucho de ser normal.

—A-acerca de eso, señores...

Después de comprobar la dirección, el tendero esbozó una sonrisa incómoda.

—¿Qué pasa? No deberían tener problemas de dinero, ¿verdad?

«Bueno, eh, no será posible realizar entregas en esa zona. Hay restricciones de tráfico hasta pasado mañana. Por culpa de Genesis, o Nemesis, o como se llamen, esos malditos terroristas...».





«Entendido, no hace falta que me des más explicaciones. Mmm, ¿qué hacemos?».

Kinuan miró la pila de cajas apiladas como una montaña. El problema no era el peso, sino el volumen. Por mucho que lo intentáramos, sería difícil que dos personas lo llevaran todo. Además, atraeríamos a un enjambre de ladronzuelos.

«Si llamamos a Gabriel, quizá podamos arreglárnoslas de alguna manera. Su aspecto rudo debería disuadir a cualquier tipo raro de seguirnos».

Saqué mi terminal y la imagen de Gabriel apareció en la pantalla holográfica.

—Hola, Good... no, Luka. ¿Qué pasa?

—Ven aquí. ¿No dijiste que me ayudarías si lo necesitaba?

—¿Me llamas así, de repente? Tengo cosas que hacer...

—He dicho que vengas ahora mismo, Gabriel. Antes de que decida sacarte esa columna artificial que pagué.

Lo amenacé. Gabriel refunfuñó con voz llena de maldiciones, pero rápidamente accedió a venir.

Al poco tiempo, Gabriel entró en la tienda. Cuando su enorme figura entró, el rostro del tendero palideció de miedo. Gabriel parecía problemático, sin importar quién lo mirara.





—¿Me has llamado aquí por algo tan trivial? ¿Crees que soy un simple recadero? Por si sirve de algo...

Después de escuchar nuestra situación, Gabriel frunció el ceño.

—Cállate y llévalo.

Con un suspiro, Gabriel se echó al hombro un gran número de cajas, acorde con su enorme complexión. Me miró de arriba abajo, deteniéndose especialmente en mis brazos y piernas.

—Es tu prótesis original, ¿eh? Parece de alto rendimiento. Y tiene un gran equilibrio, además. ¿Eras el joven amo de alguna familia rica? ¿Por eso parece que no necesitas dinero?

Gabriel seguía parloteando. Para ser un tipo tan grande, era innecesariamente hablador.

—Métete tu curiosidad inútil por el culo. No solo sobre mí, sino especialmente sobre la persona que está detrás de mí.

La mirada de Gabriel se detuvo brevemente en Kinuan.

—No soy tan tonto como para meterme con alguien con quien incluso Aleph trata con cuidado. Tengo algo de sentido común, ¿sabes?

Con nuestra carga en la mano, nos dirigimos a la calle principal. Llamar a Gabriel tuvo el efecto deseado: con un tipo enorme y de aspecto rudo a nuestro lado, ningún carterista ni ladronzuelo se atrevió a acercarse.





—Hmm, esta es la calle del orfanato, ¿verdad? ¿Todo esto es un regalo?  
¿Haces trabajo voluntario o algo así?

Gabriel comentó mientras giraba por una calle que le resultaba familiar. Yo también me di cuenta de que el destino era un orfanato.

«Orfanato 47».

En la entrada, Kinuan se puso un cigarrillo en la boca. Aunque había pasado bastante tiempo con él, era la primera vez que lo veía fumar.

«Vosotros dos, dejad las cajas en el patio y tomad un descanso».

Con eso, Kinuan entró en el edificio del orfanato.

«Maldita sea, esperaba algo más impresionante. Como una pelea con una banda rival o algo llamativo por el estilo. ¿Llevar regalos a un montón de mocosos del orfanato? ¿De verdad llamaron a Gabriel el Puño de Acero para esta mierda?».



En cuanto Kinuan desapareció, Gabriel empezó a refunfuñar.

«Si hubiera una pelea, no necesitaría llamarte».

Respondí mientras apilaba cuidadosamente las cajas. Era un hábito arraigado desde mis días de cadete, siempre ordenando las cosas con pulcritud.

—Luka, sé que eres fuerte... pero este mundo no es tan sencillo. El simple hecho de ser bueno en la lucha no significa que vayas a sobrevivir. Las conexiones y la estrategia también importan.





Gabriel se dio un golpecito en la cabeza con el dedo. La idea de que él hablara de «estrategia» me daba ganas de reír, aunque tal vez supiera algo sobre las conexiones.

Me burlé y miré fijamente el edificio del orfanato.

«Niños en la misma situación en la que yo estuve».

Parecían desaliñados y hambrientos. Pero sus ojos brillaban con la ilusión de recibir los regalos.

«Lucha por salir de aquí. Hazte más fuerte y asciende. No se conformen con menos».

Las palabras se me atragantaron en la garganta.

El destino de los niños de los orfanatos de menor nivel era, por lo general, obvio. Los que tenían aptitudes para el combate se convertían en soldados de bajo rango, prácticamente desechables. Sin embargo, incluso eso era uno de los mejores resultados. Peligroso, sí, pero al menos era un trabajo respetable y remunerado. Si tenían suerte, incluso podían ascender al rango de suboficial.

«¿Y los niños que ni siquiera llegan a ser soldados? Los echan a la calle. Entonces, esperando este momento, los estafadores y los gánsteres se abalanzan sobre ellos para exprimirlos hasta la médula».

«Aunque pronto te sobrevenga un destino miserable, no culpes a nadie más. Perder la oportunidad que te ofrecía el Imperio es culpa tuya».







Murmuré para mis adentros.

Yo salí de aquí. Salí de este terrible pozo por mi cuenta y trepé, agarrándome a la cuerda de la salvación. Mientras otros decían que era imposible, yo perseveré y desarrollé mi fuerza.

«Este debe de ser el orfanato donde creció Kinuan. ¿Hizo donaciones y obras de caridad porque triunfó?».

Parece que incluso Kinuan tenía un lado tierno. Yo nunca haría algo así. No soy amable con aquellos que no saben aprovechar las oportunidades por sí mismos.

—Luka, ¿quién es ese tal Kinuan? No parece que sea de la familia... Si es tan importante que ni siquiera Aleph puede plantarle cara, supongo que lo conocería.

—Si quieres mantener tu cuello intacto, ocúpate de tus asuntos —respondí secamente.

Respondí lacónicamente. Y lo decía en serio.

No nos habíamos visto muchas veces, pero Gabriel no era mala persona. ¿Cómo lo sabía? El simple hecho de que fuera capaz de cumplir su palabra y mantenerse fiel a sus principios lo convertía en uno de los tipos decentes de por aquí.

—¡Waaaah!





Al poco rato, las puertas del orfanato se abrieron de par en par. Como si hubieran estado esperando, los niños salieron corriendo y se abalanzaron sobre las cajas de regalos que yo había organizado.

«¡Gracias! ¡Señor feo! ¡Hermano mayor guapo!».

Los niños sonreían mientras hablaban.

«Mira a estos mocosos, hablando así».

Gabriel se limitó a reír en lugar de enfadarse. No era el tipo de persona que se irritaba por los comentarios de los niños.

«Vale la pena tener a Gabriel cerca».

El dinero que había gastado en él no había sido en vano.

Observé a Gabriel. Gracias a la nueva columna vertebral, que le proporcionaba una gran durabilidad y resistencia, su equilibrio corporal había mejorado significativamente. Su espalda, antes encorvada, ahora estaba mucho más recta. La ampliación del ancho de banda de su sistema nervioso probablemente también redujo la tensión en su cuerpo, aliviando el dolor muscular crónico y el insomnio.

Para simplificar la mejora de Gabriel, era como despejar un camino estrecho y lleno de baches y hacerlo más ancho. Aunque sus prótesis cibernéticas no estuvieran bien adaptadas y optimizadas, ampliar el ancho de banda tanto como fuera posible le ayudaba a aguantar. En general, la gente de los callejones prefería este enfoque sencillo a ajustes más complejos.





«¿Qué miras? No me digas que te estás enamorando de mí».

Al sentir mi mirada, Gabriel se dio la vuelta. Puse cara de asco ante lo absurdo de la situación y le lancé una mirada desagradable.

—Solo bromeaba. Maldita sea, no hace falta que me mires como si fueras a matarme.

Gabriel se retractó rápidamente de sus palabras.

—Si tienes tiempo, busca un mecánico adecuado para que te ajuste las piezas. Tus costosos componentes no están rindiendo al máximo de su potencial.

Ante mi consejo, Gabriel se limitó a burlarse.

«La optimización debe realizarse con regularidad. ¿Crees que tengo tiempo o dinero para eso? Si no fuera por tu ayuda, probablemente estaría arrastrándome por el suelo, mendigando. Y cuando esos cabrones que me desprecian me mearan en la cabeza, no podría decir ni una maldita palabra».

«Esto debería bastarte para los próximos seis meses».

Cogí una tarjeta de crédito en blanco, la pasé por mi terminal e introduje la cantidad. La pantalla se iluminó con el saldo.

«... Oye, ¿qué significa esto? Si intentas contratarme para un trabajo de asesinato, te has equivocado de persona. Puede que sea de los bajos fondos, pero no tan bajo».





Gabriel no cogió la tarjeta de crédito inmediatamente, lo que solo hizo que confiara más en él.

«Piensa en ello como una inversión en el futuro. Para pequeñas tareas como la de hoy, si necesito tu ayuda, te llamaré de vez en cuando».

«Buen chico, no soy tu lacayo. Si quieres actuar como un jefe, ¿por qué no te animas y formas una banda?».

«Piensa en ello como una cooperación. No pienso tratarte como a un subordinado. No te haré peticiones irrazonables».

A regañadientes, Gabriel aceptó el chip de crédito. Era una cantidad demasiado grande como para rechazarla. Para mí también era un gasto considerable. El sueldo de un cadete no es precisamente generoso.

«Lo aceptaré, pero que quede claro que no soy tu subordinado».

«Entendido, así que basta de charla. Y asegúrate de usar ese dinero únicamente para mantenimiento y mejoras de rendimiento. No lo malgastes en cosas innecesarias».

Hice hincapié en esa última parte. Gabriel, claramente sintiéndose un poco culpable, se limitó a asentir. No parecía del tipo con hábitos de gasto estructurados, como la mayoría de la gente del distrito bajo.

Antes de que me diera cuenta, la zona abierta estaba llena de papel de regalo. Los niños sostenían juguetes y consolas de videojuegos. Algunos que no habían conseguido lo que querían empezaron a pelearse y a discutir.





Gabriel y yo no intervenimos; nos limitamos a observar.

«Sí, pelead por lo que queréis. No todos pueden recibir lo mismo. Si necesitáis algo, tomadlo».

Si una persona disfruta de algo, otra tiene que quedarse sin ello. El mundo no es lo suficientemente generoso como para que todos tengan todo....

Lo sabemos muy bien.

Al poco tiempo, se abrió la puerta del orfanato y Kinuan, que había terminado su conversación en el interior, salió.

«Luka, hablemos en privado».

Kinuan se dirigió hacia un refugio situado detrás del orfanato. Dentro había un banco desgastado.

Crujido.

Kinuan se sentó en el banco dándome la espalda. Me quedé detrás de él, esperando a que hablara.

«Vengo aquí de vez en cuando. El director también tenía buen aspecto, debe de ser bueno desviando un poco de comida para él. Dudo que el sueldo de un director de orfanato sea tan generoso».

«Instructor, ¿creció aquí?».





«¿Quién sabe? He olvidado el lugar donde nací y crecí. Solo paso por orfanatos cercanos como este de vez en cuando. Quizás incluso haya estado en su orfanato antes».

Kinuan parecía algo cansado. En ese momento, parecía simplemente un miembro retirado de la Guardia Imperial. ¿Realmente el comandante de la Guardia Imperial necesitaría a alguien como yo para vigilarlo? Esa pregunta rondaba mi mente.

Kinuan padecía una disfunción cerebral. Su sistema nervioso, incapaz de soportar la sobrecarga, había resultado dañado. De alguna manera, parecía soportarlo con pura fuerza de voluntad, pero se enfrentaba a muchas limitaciones.

Quizás fuera arrogante pensar así, pero si de alguna manera lo arrastraba a una guerra de desgaste, podría tener alguna posibilidad de vencerlo.

Relájate. El hombre que tenía delante no era más que un veterano enterrado en el pasado, un viejo soldado cuya gloria se había desvanecido. Quizás ese sería mi futuro algún día, si tenía la suerte de sobrevivir tanto tiempo.

«... Entonces, Luka. ¿Te ha enviado el comandante Hemillas?».

Kinuan habló con naturalidad, como si no fuera nada, pero de repente mencionó el nombre del comandante de la Guardia Imperial.

Mis pupilas debieron dilatarse como las de un animal presa que ve a su depredador.

¡Zumbido!





Instintivamente, aumenté la potencia de mi prótesis, preparándome para la batalla. Una intensa tensión me invadió desde la coronilla hasta la punta de los pies.

«¿Sabe que he venido por orden del comandante? ¿Cuánto sabe? ¿Planea acabar conmigo aquí? ¿Es posible que Kinuan tenga algo entre manos?».

Innumerables posibilidades se agolparon en mi mente, cada una peor que la anterior.

«Luka, si no quieres morir, cálmate. Dudo que pueda someterte sin matarte».

Kinuan habló sin siquiera mirarme, manteniendo la mirada al frente. Estabilicé mi respiración. La potencia de mi prótesis disminuía gradualmente.

«Soy un soldado del Imperio. Eso es todo lo que puedo decir».

Cerré los ojos y luego los volví a abrir, hablando con calma.

